

«Sentía un enorme deseo de saber cómo educar a mi hijo, que cada día crecía un poco más dentro de mí»

Educación: un aprendizaje permanente

—María Menéndez-Ponte—

Cuando me quedé embarazada de mi primer hijo, los libros de Derecho —que hasta el momento ocupaban la mayor parte de mi tiempo, pues me faltaban dos cursos para terminar la carrera— pasaron a un segundo término, y me dediqué a devorar ávidamente todo cuanto caía en mis manos relacionado con el mundo de la educación. Comencé por las primeras revistas de Padres y Maestros, que mi madre, a pesar de su manía de tirar todo cada vez que hace orden, había conservado con muy buen criterio de la época en que mis hermanos iban a Santa María del Mar. Proseguí con Tu hijo, del Dr. Spock, libro equivalente al Simone Ortega en la cocina. Y ya no paré: Piaget, M. Montessori, Fröbel, Rodari... Todos los grandes "monstruos" de la



educación. Un mundo que me fascinó desde el primer momento y en el que me metí de lleno en un plano profesional.

La carrera de educadora

Por aquel entonces comprendí lo que era el aprendizaje significativo, uno de los términos acuñados por la Reforma. Estaba claro que el Derecho me importaba un rábano (si terminé la carrera fue por cabezonería) y, en cambio, sentía un enorme deseo de saber cómo educar a mi hijo; ese hijo que ya me daba patadas y que cada día crecía un poco más dentro de mí.

Cuando por fin lo cogí entre mis brazos (pasé nueve meses eternos en reposo, con mareos y vómitos), tuve la sensación de que todo cuanto había leído no me servía absolutamente para nada. Ese ser tan pequeño e indefenso, que lloraba y tenía los piecitos fríos, era mi hijo, no el del Dr. Spock. Y era difícil saber si lloraba por hambre, por frío, por miedo o porque le dolía la tripa. Cada vez que lloraba, mi marido quería que le enchufara el biberón. Pero el médico nos había dicho que tenían que pasar tres horas, más o menos, entre toma y toma. Así que hambre no podía ser siempre. Había opiniones para todos los gustos (era el primer nieto por ambas partes).

Unos te decían que no había que acostumbiarlo a cogerlo en brazos, que llorar ensancha los pulmones; otros, que dejarlo llorar le supondría un trauma de mayor; unos opinaban que era mejor bañarlo por la noche; otros, que era más cómodo por la mañana... ¡Menudo lío!

Poco a poco empiezas a distinguir los distintos matices del llanto y a desarrollar olfato. Naturalmente no me refiero al olfato que te permitía diferenciar los efluvios del pañal (para eso no había que tenerlo especialmente desarrollado), sino a ese sexto sentido que adquirimos las madres a lo largo de la crianza y que nos sirve para inventar todo tipo de trucos y recursos caseros cuando nos fallan los del Dr. Spock: para que el bebé eche el aire, coja el sueño o se coma el puré de espinacas sin que parezca que hemos mantenido una batalla campal con Popeye.

La experiencia, base de la ciencia

A los dos meses de nacer nuestro primer hijo, Antonio Viñal IV, mi marido me comunicó que tenía que asistir a una Conferencia Internacional que se celebraba en Ginebra; conque allá nos fuimos los tres, con gran horror de mi madre. "Pero, ¿qué vas a hacer tú sola? Si no tienes ni idea de niños..." Y era verdad. Pero aprendí, como todo el mundo. Aprendí con mi hijo más que con el Dr. Spock. Observándolo, meciéndolo, alimentándolo, cambiando sus pañales, bañándolo, jugando con él... Incluso pensé en escribir al Dr. Spock para decirle que su libro estaba ligeramente alejado de la realidad: los primeros dientes le salieron a los cinco meses y no a los siete, a los cuatro meses —que se suponía debería estar tumbadito mirando el carrusel musical— se ponía de pie en la cuna, a los seis le tuve que comprar un andador para asegurar su supervivencia y a los ocho andaba solo.

Yo creía que todo eso era lo normal. Hasta que nació nuestro segundo hijo. Entonces comprobé que el Dr. Spock conocía perfectamente las fases del desarrollo de un bebé. Nuestro primer hijo era un bebé atómico. Y encima, con una madre inexperta; hecho del que sacó gran partido. Constantemente me tomaba la medida o el pelo (según lo benévolo que queramos ser). ¿Cómo no? Notaba mi inseguridad y mi entrega más absoluta, de las cuales lógicamente



se aprovechaba todo lo que podía.

Cada día me echaba unos cuantos pulsos. Por ejemplo, cuando me veía concentrada en alguno de los mamotretos de Derecho, acudía presuroso a cerrármelo. En el supermercado, al menor descuido, me llenaba el carro de productos que no figuraban en la lista de la compra. Y por la calle me montaba cada pataleta que hacía volver la cabeza a todos los transeúntes. En esos momentos me sentía absolutamente desarmada. Ni Spock, ni Piaget ni Montessori me resolvían esas comprometidas situaciones.

Sin embargo sí me ayudaron a entender la educación como un proceso permanente de aprendizaje en el que tus propios hijos te enseñan cómo educar, cómo educarles a cada uno de ellos. Lo mismo que me ayudó bastante el hecho de conocer las distintas fases de comportamiento por las que atraviesa normalmente el ser humano: buco-anal, autoafirmación (el "no" para todo), sociabilidad, etc. Y las reacciones habituales ante ciertas situaciones (aunque como ya he dicho, mi primer hijo rompió algunos esquemas).

¿Qué difícil es educar!

Pero, a pesar de todo, ¡qué difícil es educar! Más de una vez he tenido la tentación de dimitir de esa tarea. "Antonio, recoge los juguetes; Álvaro, sal del baño, llevas una hora; Verónica, vete a la cama; Diego, procura comer sin que parezca que has invitado a un ejército de ratones"... ¡Qué aburrimiento! Te

oyes repetir la misma cantilena una y otra vez. Educar los hábitos es la parte más aburrida y pesada de la educación. Resulta mucho más gratificante ayudarles a crecer y madurar, potenciando su creatividad, transmitiéndoles los valores en los que crees y los conocimientos que has adquirido a lo largo de la vida, haciendo salir lo mejor que hay en ellos y limando los defectos.

La adquisición de hábitos —sueño, comidas, aseo personal, orden, estudios, límite de televisión y vídeo-juegos etc.— nos obliga a los padres a estar en guardia permanente, a decir "no", a ser pesados, a enfadarnos, a castigarles... Pero, si cada uno campa por sus respetos y hace de su capa un sayo, la casa puede llegar a convertirse en una pocilga o en una pensión, según la mejor o peor voluntad —generalmente de la madre—, que termina por convertirse en la criada de todos y no ve el día en que sus hijos se le vayan de casa. Sí, la convivencia con hijos mal educados o ineducados puede llegar a ser un infierno. De manera que aquí seguimos, en el trance de educar los hábitos día a día.

Eso sí, procurando hacerlo con el menor desgaste psicológico y el menor estrés posible. ¿Cómo? Anteponiendo la paciencia a la impaciencia y las alabanzas a los reproches; intentando evitar los gritos —acaban por perder todo el efecto—; recurriendo más a los premios que a los castigos; y utilizando el sentido del humor en lugar del enfado y el mal humor. En esto último tengo que reconocer que mi marido ha adquirido una gran maestría en decir las cosas con una fina ironía: "Niños, vuestra solida-

ridad me emociona. Siempre esperarás a que yo llegue para sacar la basura”.

Solemos practicar a menudo la risa como envoltorio o colofón al persistente incumplimiento del decálogo doméstico y, de paso, como terapia desestresante al final del día. Lo malo es que esto hace que se prolonguen las cenas en demasía con animadas tertulias, y a los pequeños no hay quien los meta en la cama.

“A toro pasado”

A fuerza de educar y de tener hijos, uno va cogiendo experiencia en el asunto. Pero, con los tiempos que corren, no se trata de tener diez hijos para que el undécimo sea un modelo de educación. Es más, en bastantes ocasiones nos pillaría desprevenidos y tendríamos que enfrentarnos ante nuevas situaciones. Esa es la gracia o el gran reto de la educación, siempre a “toro pasado”.

Y es que, si mi primer hijo fue un bebé atómico, el segundo me obligó a hacer master y doctorado en Ciencias de la Educación. Era de esos angelitos que necesitaba quemarse una treintena de veces, romperse la cabeza por varios sitios y envenenarse de vez en cuando hasta llegar a saber lo que podía tocar y lo que no. Resultaba raro el día que volvía del parque sin haber tirado los zapatos o alguna otra prenda de vestir por el camino, después de haberse comido todos los chicles que, con gran maestría, desenterraba de la arena del “play-ground”. Una vez en casa, su pasatiempo favorito consistía en desarmar cualquier objeto de uso. Sus manos eran pequeñas pero prodigiosas.

Todavía no me explico cómo pudo cargarse la cama, las sillitas de enea y la mesa de su cuarto, amén de desempapelear la pared y arrancar la moqueta. Y todavía tengo grabada la cara de asombro del “handy-man” (en Nueva York, donde vivíamos entonces, los grandes edificios, además de portero, tienen el servicio de un “mañoso” que lo mismo te arregla la nevera que los grifos), mientras sacaba de la calefacción por un pequeño agujero, realizado por el niño, todos los juguetes que milagrosamente había hecho desaparecer durante meses.



«Nosotros los educamos, pero ellos también nos educan y se educan entre sí. Esa es la parte más maravillosa de la educación: el triple trasvase que, por un lado, hace crecer a la persona y, por otro, supone un enriquecimiento familiar, un hacer familia entre todos.»

Los celos y las peleas: dos caballos de batalla

Claro que lo más difícil no fue asegurar su supervivencia y la conservación de la casa, sino el cambio que se produjo al pasar de uno a dos. De pronto tuve que lidiar con algo desconocido hasta el momento: los celos del mayor (por su grado de dificultad, creo que merecen un capítulo aparte). Y, ¡horror!, llegaron las peleas. La mayoría de las veces empezaban como diversión, pero siempre acababan los dos llorando. “Me dio una patada en la tripa”. “Y él me retorció el cuello, casi me ahoga”. “¿Quién empezó?”. “Empezó él”. “No, mentira, empezó él”... Eso es algo que a estas alturas no se me ocurre ni preguntar. Meterse a árbitro en una pelea de niños equivale a perder dos horas escuchando razones y sinrazones

para terminar siempre acusada de cometer una terrible injusticia: los dos acaban aliándose contra ti. Así que, a no ser que haya daños graves o abuso de edad, no intervengo.

Si la intervención resulta inevitable, procuro que sea lo más breve posible y sacar a colación la regla de oro: “el que pega, pierde la razón”. Como normalmente hay tortas por ambas partes, la pelea queda en tablas y una pequeña reprimenda o castigo —sin paga o televisión—, según los daños y desperfectos. En caso de abuso de edad (el de dieciséis le pega al de diez), el primer impulso es agarrarlo por el cogote y lanzarlo por la ventana, pero, como mide 1,92 cm. y hace pesas, le suelto un memorable discurso sobre la fuerza bruta, la tolerancia y la convivencia, y le impongo el consabido castigo, aunque sé que el peor castigo es la mala conciencia que le queda en cuanto logra despojarse de su disfraz de Mr. Hyde.

Nosotros los educamos, pero ellos también nos educan y se educan entre sí. Esa es la parte más maravillosa de la educación: el triple trasvase que, por un lado, hace crecer a la persona y, por otro, supone un enriquecimiento familiar, un hacer familia entre todos.



ACTIVIDADES (Escuela de Padres)

1. Una puesta en común de los caballos de batalla o agujeros negros de la educación: hacer un listado y numerarlo por orden de dificultad.
2. Una reflexión sobre los errores más frecuentemente cometidos y los éxitos alcanzados en dicha tarea.
3. Un debate: ¿Educa más la familia o el colegio?